

Ben compagni e Caroni Uelivore del Torrione credo il  
primo troppo attaccato alla Sede, ed il secondo onero  
in modo che l'adesione gesuitica gli possa far dimenticare  
del loro dovere pure il serverene sarebbe cruccio.

Cerrementò il porre qualche guardia alli Collegi non  
sarebbe male che fosse posta perche non escissero  
ne seniore, ne argenta, non burando in allora, che  
quelle mens sigillate, e que m'Insernanari, e con-  
segnati ai deliziosi Chusa se sarà bene la mia esir  
alcunoda Collegi, e se non altro prender qualche misura  
perche il Popolo non soradunessin un troppo numero presso  
li Collegi, almeno sono a tanto, che V. S. avri dare le sue  
sovrane disposizioni Non vorrei esser stato nel mio  
dere inportuno ed arduo, ma nutracerè sarei poco leale  
essare conossente alla Santità vostra, da eni imploro l'apossche

Bolognaro Aprile 1773

Benedizione  
Di vostra Santità

Umilissimo Devotissimo e obbligatissimo Servitore  
Vincenzo Cardinale Malvezzi

fo á los amigos de los Jesuitas, que proclamarían como una injusticia toda sentencia contraria á estos últimos.....Sé que vuestra santidad ha decidido que en el momento mismo de publicar la nueva ley, era preciso pasar un aviso á los presidentes y á los legados, *ne fiat tumultus in populo*. Sin que sea necesario que vuestra santidad se espresase sobre el punto de la supresion, basta que diga que quiere dar una nueva regla á la sociedad. Vuestra santidad sabe que tenemos aquí al vice-legado Boncompagni, y á Caroni, auditor del Torrone (1). Creo al primero muy adicto á la Santa Sede, y al segundo demasiado hombre de bien para que su adhesion á los Jesuitas le hagan olvidar su deber. No obstante, el servirse de ellos no dejaria de ser criticado."

El mismo cardenal Malvezzi confiesa, desahogando sus desengaños en el seno de Clemente XIV, que era preciso acabar con la Compañía de Jesus é instruir despues el proceso de sus miembros si hubiese lugar á ello. Boncompagni es muy adicto á la Santa Sede; Caroni es demasiado hombre de bien para presenciarse con sangre fria semejante prostitucion de la conciencia. Es preciso que intervenga la fuerza armada, porque el justo va á ser herido, y, como en la pasion de Jesucristo, no se quiere que la voz del pueblo proteste en favor de la inocencia. El caifás de Bolonia, todo lo habia previsto; todo excepto el que llegaria un dia en el que un sacerdote italiano refugiado, tuviese la audacia que él, siendo cardenal no tuvo, y que este sacerdote se atreviese á decir que los Jesuitas fueron justamente condenados á una muerte civil, *meritamente morti* (2). Vicente Gioberti eclipsó á Vicente Malvezzi, quien el 13 de Mayo escribia á Clemente XIV:

(1) El auditor del Torrone era el presidente del tribunal criminal del cardenal Legado en Bolonia. Este tribunal tomó ese nombre de una torre contigua al palacio apostólico, edificada en tiempo de Sixto V, y que hizo posteriormente destruir el cardenal Bernetti, por amenazar ruina.

(2) *Proleg del primato*, pág. 125. En su *Génesis moderno* y especialmente en el cap. 17 (tom. II), afirma el abate Gioberti, que S. Ignacio de Loyola es un gran hombre y un gran santo, que su obra es bella y sublime, pero que inmediatamente despues de su muerte, los Jesuitas perdieron su espíritu y no pudieron continuar la obra de su fundador; despues añade: "Se han mostrado en todo tiempo hijos degenerados de un padre muy santo y muy ilustre: Por esto sin duda, será por lo que fueron *justamente condenados á muerte*. Segun él, los Jesuitas jamas han sido dignos de S. Ignacio; pero los papas, tan buenos jueces, al menos como el abate Gioberti, ¿han manifestado su opinion? No por Dios! y ha-ta Clemente XIV como despues de él, han profesado la contraria. El mismo Benedicto XIV mas de doscientos años despues de la fundacion de la órden, se espresó en estos términos, en la *bula præclaris*: "Siguiendo las huellas de los pontífices de Roma nuestros predecesores que han colmado de beneficios á la ilustre Compañía de Jesus, no titubeamos en dar nuevos testimonios de nuestra benevolencia pontifical á esta misma sociedad, cuyos religiosos son mirados en todas partes como el buen olor de Jesucristo, y lo son en efecto." En la *bula constantem*, el mismo papa parece que de antemano quiso refutar,

Caroni Uelitore del Torrone credo il  
aso alla Sede, ed il secondo onero  
one gesuico gli possa far dimenncan  
re il servere ne sarebbe crincato,  
e qualche querdia alli Collegi non  
fossi possa perche non escussero  
entra, non bu rando in allora, che  
l'ave, e que mi Guidermanasi, e con  
i Ch. ra. se sara bene la reiar spir

“Su santidad podría desde luego prohibir la enseñanza á los Jesuitas; pero me parece mejor dejar esto cuando vuestra santidad haya tomado una medida definitiva y general, porque de hacerlo ahora, conviene que sepa que los estudiantes en su totalidad, ó en su mayor número, pasarían el Pánaro, y se afirma que serían bien recibidos. ¿Quiere vuestra santidad mas? pues dicen, que si queda en todo el mundo un lugar donde puedan existir los Jesuitas, les seguirían hasta allí. Pero luego que vuestra santidad haya hablado, ya no encontrarán tan fácilmente un asilo; sobre todo, despues que con su extincion queden desacreditados. En suma, la disolucion del noviciado ha sido una medida oportuna... Y si algunos novicios mal aconsejados han vuelto á vestir el hábito de la Compañía en el noviciado de Novarella, este es un pequeño mal. Pero si los estudiantes, á quienes hemos despedido, llegasen á ser recibidos en otra parte, este seria un negocio de muy mal resultado, que debe prevenirse adelantando la disposicion definitiva contra la corporacion entera.”

El complot en el que el arzobispo de Bolonia quiere dar al papa el principal papel; este complot, en el que cada palabra que traza la pluma del cardenal Malvezzi es una confesion de que el pueblo y los estudiantes están adheridos á los Jesuitas hasta el punto de seguirles en su destierro; este complot, repito, se desarrolla sin detenerse por la justicia que le rechaza y por las adhesiones populares que hiere. La autoridad de Malvezzi se ha desvirtuado en la opinion pública por ensayarla contra los Jesuitas; y Malvezzi ya necesita que hable la Santa Sede. La sentencia pontifical á que apela, y que Clemente XIV, despues de leidas las cartas que recibe de Bolonia, cada vez se verá mas imposibilitado de motivar, atraerá dice, sobre los Jesuitas el descrédito. Pero es el papa quien debe dar el golpe de gracia, y le dará. Con él, Malvezzi guarda aun las formas del respeto, y no se atreve á espresar de lleno su pensa-

las preocupaciones del abate Gioberti. “Los religiosos de la Compañía de Jesus, dice aquel, caminando por las gloriosas huellas de su padre (Ignacio de Loyola), prueban de una manera patente la verdad de esta opinion por los ejemplos de virtudes religiosas que dan continuamente.”

De este modo vemos que, en los tiempos de Benedicto XIV, pocos años antes de su destruccion, los Jesuitas son en efecto y en todas partes el buen olor de Jesucristo, y caminan por las gloriosas huellas de su fundador, y segun M. Gioberti, han degenerado desde su primer origen. Han cambiado, segun la expresion de este hombre, pág. 180 del 2.º tomo. “La obra admirable de S. Ignacio, es un aborto disforme y repugnante; un apostolado de paz y de amor en una secta odiosa y furibunda; un instrumento bienhechor de la civilizacion en un foco pestilente de barbarie, y una inspiracion de la caridad y de la generosidad cristiana en un tráfico de egoismo.”

Entre Benedicto XIV, cuyo nombre es inmortal en la Iglesia, y este desgraaciado abate Gioberti, existe un desacuerdo completo. ¿A cuál de los dos deberá creer el mundo católico!

miento. Mas confiando con Macedonio, no teme descubrirse por entero. Los breves que le son dirigidos para proceder á la destruccion de los Jesuitas, dejan aquella á su arbitrio y facultad. El papa le dice: *Concedimus facultatem*. Malvezzi, que quiere colocarse bajo el abrigo de la tiara, desea que se sustituyan á esas palabras los términos de mando, el *injungimus* apostólico; y he aqui la razon que dá á Macedonio. “Si esta mala raza, así dice hablando de los Jesuitas, llegase á ver los breves, dirian con razon: Malvezzi fué libre en obrar de esta ó de otra manera; y así para evitar esto, si se llegan á espedir nuevos breves á otros obispos, seria bueno, para no hacer recaer toda la odiosidad sobre mí, usar del término *injungimus* (mandamos).”

La situacion de los padres de la Compañía, asediados en Bolonia por el Cardenal-Arzbispo y sostenido por la poblacion entera, está tan bien diseñada, merced á esta correspondencia, que Malvezzi, el 22 de Mayo creyó deber entretener al soberano pontifice con uno de sus disgustos de familia. Malvezzi tenia una sobrina que se hallaba enferma, la cual se obstinaba en no tener confianza, para la direccion de su alma, sino en el padre Borsetti, uno de los Jesuitas perseguidos. Por costoso que fué á su corazon como tio, y á su odio como sacerdote, acceder á esta exigencia, Malvezzi creyó que debía cerrar los ojos y pasar por ella, y en estos términos esplica su debilidad á Clemente XIV: “Una prohibicion espresa, dice, hubiera parecido irracional en toda la ciudad, tanto mas, cuanto que se trataba de un religioso de grande reputacion, que daria honor aun al mismo clero secular.”

Cada carta dirigida al amo contiene otra para el criado. Lo que Malvezzi no se atreve sino á insinuar al soberano, lo esplica por lo claro al confidente, y el 29 de Mayo se gloria con este último de su astucia. “Afortunadamente, le escribe, no he manifestado á nadie el primer breve en el que se encontraban *talía et talía*, que he omitido, y no habiendo obrado segun las reglas del instituto de los Jesuitas al hacer estas omisiones, sus individuos hubieran pretendido que yo habia reconocido su inocencia, y en poco, ha estado el no haberlos canonizado á todos; pues si hubiera llegado á ejecutarlo, cargaba sobre mí el anatema mas cruel.”

La ciudad y el senado de Bolonia, este pueblo, cuya voz queria ahogar Malvezzi, llevó al fin sus quejas á los pies del vicario de Jesucristo. Dos memoriales le fueron presentados, en los que reclamaban contra los actos del cardenal; el papa los leyó, y por medio de Macedonio los envió á Malvezzi, á quien decia que “le mandaba esos papeles inútiles.” A pesar del poder de que disponia Ganganelli, no se le debia ocultar que el voto unánime de los pueblos se negaba á asociarse á las hostilidades dirigidas contra la Sociedad de Jesus. El arzobispo de Bolonia confiesa que las averiguaciones

